

ELOGIO DE LA CONVERSACIÓN



Pedro LOZANO BARTOLOZZI
plozano@unav.es

Propiciar la conversación es tarea encomiable, justa y necesaria, máxime en estos tiempos, algo desnortados, que están suplantando el diálogo directo entre personas por la hipercomunicación digital.

Seguro que en las tertulias que acostumbraban mantener los miembros de la Peña literaria Pregón, entusiastas pamploneses, aficionados y cultivadores de las letras, las artes, las leyes, la historia, el folklore, la gastronomía y otros variopintos asuntos que estamos evocando en estas páginas, causaría extrañeza, por no decir rechazo, saber que pudiera peligrar un hecho tan humano y habitual como reunirse para hablar, tanto sobre temas de trabajo u obligación como simplemente entretener su holganza.

Sé y admiro que las cosas cambian con el tiempo y no soy nada apocalíptico ni partidario de distopías pesimistas por culpa de las nuevas tecnologías y lógicamente, ahora se ven gentes con sus tabletas, móviles con multiprestaciones sobre las mesas de los bares y cafeterías o leyendo e-book y escuchando música por un pinganillo. Y por descontado, en todos los establecimientos, hasta tabernas y humildes botillerías, no faltan pantallas de televisión, cuanto más grandes y luminosas, mejor.

Tal vez por esta misma invasión de artilugios resulte oportuno dedicar unos minutos a elogiar los viejos cafés, donde era posible que se perdiera el tiempo y favoreciese el ocio, pero del mismo mo-

do se creaba un entorno amigable, un espacio propio, apartado o grupal, donde convivían las tertulias y los parroquianos aislados, meditabundos y hasta somnolientos.

Con la excusa de tomar una taza de esta bebida caliente y reconfortante que unos sabios dicen proviene de Arabia y otros de las Indias, podemos seguir haciendo un alto en nuestros trajines y ocupaciones para hablar con otras personas e incluso con los camareros o desconocidos. Lamentablemente ahora no llama la atención que los usuarios se lleven el café en unos vasitos de cartón, vuelvan rápidos a sus trabajos o se sienten en un banco, para no perder el tiempo, según afirman los más progres.

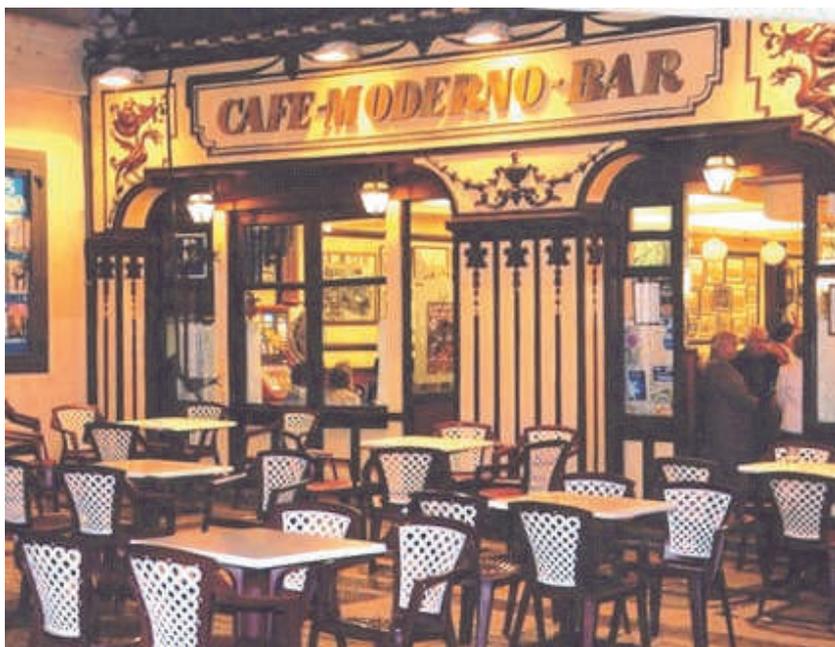
¿Se imaginan ustedes a los conspicuos pregoneros recorriendo las calles con sus cafés en vasos de cartón y charlando simultáneamente? Elogiemos por tanto la conversación sedentaria y sosegada. El diálogo, si además es bonancible y entre amigos, es quehacer beneficioso para la salud y ayuda a convivir, a enterarse y escuchar las opiniones ajenas y manifestar nuestro criterio. Una actividad más popular y corriente era la del chiquiteo, con disciplinadas rondas por señalados recorridos, pero me temo que también este peripatético nomadismo está en decadencia.

EVANESCENCIAS DEL INSTANTE

Las paradojas me atraen. Ponen un toque de sorpresa, un rasgo de contraste en lo acostumbrado.



Conocida tertulia madrileña.



Café moderno de Logroño.

Como un timbrazo, como un redoble, como un repique alegre. Por ejemplo, ¿se han fijado ustedes que el nombre moderno, significa casi siempre antiguo?

Si viajamos con la maleta de Azorín a una pequeña ciudad, seguro que encontramos un Café Moderno en su plaza principal, un Salón Moderno y algún cine o establecimiento comercial que también luce el rótulo de moderno. Pues seguro que todos estos lugares nos recuerdan la época de nuestros abuelos. Ni siquiera se emplea el vocablo para encajar en el tiempo el momento actual, que denominamos contemporáneo. En Historia lo moderno se remonta al Renacimiento y termina con la Revolución Francesa. Al menos así eran mi época académica.

Si algo parece indiscutible es la voracidad del tiempo y su aceleración. La imagen de un Saturno insaciable engullendo sus hijos es algo que cuadra bien con la evanescencia presentista del Tsunami digital. Si el mito del rey Midas transformaba en oro aquello que tocaba, el mito del presentismo convierte en obsoleto cuanto produce. Todo es efímero en el ecosistema cibernético.

En la fugacidad y talante percedero de lo actual, acontece lo mismo apuntado acerca de la modernidad. No deja de ser chocante –y por tanto paradójico– que el homo mediaticus experimente cierto complejo de envejecimiento prematuro. En efecto, este imperativo kantiano de caducidad conduce al vaciamiento del hombre, una vez rota su vinculación con lo real, ontológicamente cuestionada. Las cosas se nos escapan de las manos sin haber llegado aún a apretarlas, a cogerlas como se hace con un buen puñado de trigo ¿por qué está fragilidad?

Según Byung-Chul Han, que ha desarrollado una filosofía del *smartphone* y una crítica lacerante a la inteligencia artificial, *“hoy estamos en la transición de la era de las cosas a la era de las no-cosas. No son las cosas, sino la información, lo que determina el mundo en que vivimos.”*. El mismo autor

propone recuperar la magia de lo sólido y lo tangible y reflexiona sobre el silencio que se pierde en el ruido de la información.

Y es aquí donde reaparecen en escena las tertulias, las conferencias y mesas redondas, las reuniones y peñas de amigos, los encuentros familiares y profesionales, los paseos, las cartas manuscritas, las visitas, los clubes, las sociedades deportivas, los círculos culturales, los casinos, las iglesias y hasta los bailes. En resumen, los lugares donde las personas hablan cara a cara, donde hay conversación, reinan las palabras y los gestos y las cosas. En este ágora poliglota y polimorfa, los cafés destacan por su abolengo, su imagen bohemía y su impronta literaria.

METAFÍSICA DE LOS CAFÉS

Acabo de sorprenderme con la ingeniosa lectura de unas páginas que destilan un finísimo humor sobre las nimiedades que se observan desde la terraza de un miramar. Metafísica del aperitivo es el título que nos regala Stéphan Lévy-Kuentz. Ligereza, elegancia, monólogo interior, divagación.

Que yo sepa ningún filósofo heterodoxo, ni tampoco poetas parnasianos o simbolistas, contertulios de Verlaine o Baudelaire osaron plantearse una metafísica de los cafés. Sin embargo, los escritores, los artistas, músicos, exiliados políticos y funambulistas de todas las vanguardias son inseparables de los cafés de Montparnasse o del Quartier Latin. Desde la Closserie de Lilas, la Rotonda, Deux Magots, Atelier, La Coupole o el Café de la Paix, cómplice de la Opera Garnier, nos levantan un brindis dorado en copas de champán.

Los cafés no fueron menos literarios y bohemios en Madrid. Basta con leer a Galdós o Baroja, contemplar el cuadro de Solana, lleno de gregerías de Ramón en el espejo de Pombo, acompañado por mi abuelo Salvador, o acercarse a los conciliábulos frecuentados por Valle Inclán, Emilio Carrede, Marañón, Cañabate y Ruano como Fornos, Lyon d'Or, Gijón, Levante o Colonial. Cela ambienta La colmena en uno de estos santuarios matritenses. Ramón y Cajal tiene un libro titulado Charlas de café y Moratín estrenó ya en el teatro del Príncipe en 1792 su Comedia Nueva o el Café.

Los cafés eran y en cierto modo continúan siendo el reino de los encuentros, las charlas informales, las miradas discretas de los enamoramientos, los cotilleos irónicos o novedosos, las sesudas reflexiones

Tertulia del café Pombo. José Gutiérrez Solana (1920). Gómez de la Serna —de pie, en el centro de la escena— junto al propio Solana, Manuel Abril, Mauricio Bacarisse, Tomás Borrás, José Bergamín, José Cabrero, Pedro Emilio Coll y Salvador Bartolozzi.



de doctos convecinos e incluso de acuerdos y negocios. Los miembros de la peña Pregón acostumbraban a reunirse en verano en los veladores del Bearin y en el invierno en el Cinema o en el Yoldi. De estos cenáculos surgieron muchas de las iniciativas culturales de Pamplona en aquellos años. Una de las ocurrencias más granadas, duraderas e influyentes fue precisamente la Revista Pregón que el lector tiene hoy en sus manos, celebrando sus doscientos números de venturosas peripecias.

La quijotesca metamorfosis de las reuniones de los pregoneros en una publicación periódica, nada menos que en inteligente gavilla de variadísimos temas, dibujos y fotografías, tendrá una difusión, una apertura y un mayor empuje para el decir fugaz de las palabras. La conversación no desaparece al asomarse al exterior, al contrario, se potencia como letra impresa.

LA REALIDAD COMO RELATO

Las palabras son una invención traviesa. Proviene del latín, parábola, como alegoría, apólogo o fábula. Al juntarse juegan a hilanderas, tejiendo el tapiz del lenguaje y de esta suerte incitan a ver la realidad como relato, bien oral, bien escrito.

El omnipresente ciberespacio de las redes sociales, plataformas de *streaming*, cadenas multimedia, emails, páginas webs, hipertextos, rizomas, blogs, *wikileaks* o grupos de whatsapp, transforman la realidad narrativa en una performance virtual, alterna y neolingüística.

José Luis Orihuela advierte que toda tecnología adoptada de manera masiva, como internet, cambia la cultura. *“La red transforma los modos de crear, buscar, distribuir, acceder, compartir y recrear productos culturales. Internet ha cambiado el modo de entender y de representar la realidad y se ha convertido en una parte esencial de ella.”*

No faltan expertos que denuncian el riesgo de caer en la trampa descosificadora al navegar en las redes y por Internet. Sin embargo, también debe considerarse que este horizonte comunicativo convierte a toda persona, grupo o entidad en sujeto activo y pasivo de generar información. Empezamos a ser testigos del nacimiento de una tertulia abierta ilimitada.

El homo mediaticus vive encadenado a su móvil de altas prestaciones y aplicaciones, como el personaje de Quevedo lo estaba a su nariz. Se siento inquieto y aislado si no lleva encima, como una prótesis de su cuerpo, el móvil o celular que tiene muchas más posibilidades y soportes que los teléfonos fijos.

Tan lejanos como las diligencias o los barcos de vapor, el decir de la memoria me trae la imagen de las películas de teléfono blanco, que es como se llamaba a aquellas tan cursis y románticas de Debby Reynolds. Sí, aquellas de amor y lujo. Y lo no menos emocionantes de los teléfonos de los filmes de gansters y espías, negros, con un auricular que se descolgaba para oír mientras se hablaba por una especie de bocina. Pues, verán ustedes, los móviles, herederos de los tambores y columnas de humo, de las banderas de señales o de los espejos reflectantes, son ahora una especie de lámpara de Aladino o redoma de los genios de Simbad y Salomón.

En estos pequeños aparatos, me resisto todavía a denominarlos seres, aunque todo llegará, el usuario, además de poder recibir o enviar llamadas, tiene acceso a videos, fotos, enciclopedias, rutas de viaje y situación, operaciones bancarias, pagos e ingresos, escribir minitextos, oír música, estar informado instantáneamente de las últimas noticias e incluso generar sus propios archivos, círculos relacionales y profesionales y compras online, además de conectarse con plataformas de streaming y operar sus enlaces de correo electrónico y entrar a internet.

El homo mediaticus, amigo lector, se siente empujado por las urgencias del culto al presentismo, sin ver apenas, sin poder detenerse, deslizándose en alocada pendiente de requerimientos y ocupaciones, mayormente efímeras, que le impiden pensar, leer tranquilo y conversar relajado.

La expansión universal de la telefonía móvil y demás canales mediáticos, interconectados por las



Nuevo Casino Principal de Pamplona, actual lugar de actividad y tertulia de la Peña Pregón.

redes sociales, forman una superestructura comunicativa, prácticamente mundial que paradójicamente se apuntaba en la reconversión de los individuos, uno por uno, en millones de usuarios cautivados como los marinos seducidos por los cantos de sirena del relato homérico.

La clave de tan asombrosa criatura está en su utilidad, en la necesidad consustancial al hombre de comunicarse, feliz, lógicamente poder conseguirlo de modo tan rápido, eficaz, accesible y global. El planeta se transforma en un relato hipercomunicativo, alternativo a la realidad.

DETERIORO DEL LENGUAJE Y DEL RAZONAMIENTO

Reflexionemos unos momentos en la gravedad radical del fenómeno. Que el hombre no tenga, no posea tiempo para pensar y tampoco acceso a lo real, es un hecho cuya carga disolvente resulta descomunal.

Asistimos indiferentes a una descosificación desestabilizadora que desmaterializa la realidad y la sustituye por el complejo interpuesto, por la acción digital.

El periodismo clásico, por no decir antiguo, construía el panorama noticioso, la llamada agenda setting de Mc Combs, perfilando una selección propia de los sucesos, un espacio, un tiempo y un interés instrumental. Umberto Eco dijo clarividente que "el universo de las comunicaciones es nuestro universo."

Contradictoria paradoja que el hombre pierda paulatinamente su atención al entorno, al leer pausado de las ideas, al escuchar y utilizar las palabras en amigable esgrima conversador, cuando habita una blogosfera cibernética global.

La nostalgia, obviamente proustiana, nos devuelve a las tertulias, nos conduce a los cafés, nos invita a la conversación intrascendente o comprometida. Del escuchar y pensar nace la potencialidad creadora, la actuación consciente. Perdido el gusto por analizar, por imaginar, por cavilar, dejamos de construir

nuestro mundo personal y nuestra aportación al quehacer común. La charla, por banal que parezca, incita a opinar, a recorrer el campo de las palabras en deportiva cetrería.

Montaigne enaltece el diálogo en sus Ensayos, con estas rotundas confesiones:

"El más fructuoso y natural ejercicio de nuestro espíritu es, a mi entender, la conversación. Considero su práctica más dulce que ninguna otra actividad de nuestra vida."

Montaigne va todavía más allá y nos deja escritos: "*Cuando me contrarían, despiertan mi atención, no mi cólera; avanzo hacia quien me contradice; pues me enseña. La causa de la verdad debería ser la causa común al uno y al otro.*"

No pretendo con estas reflexiones a vuela pluma una crítica retrógrada de las evidentes y utilísimos avances que están suponiendo los soportes y conexiones de las redes y medios digitales. Incluso nuestra revista se ofrece lógicamente on line, con sus artículos asequibles en las entradas de Dialnet, con su página web para ser consultada por los usuarios de internet, pero sí rendir un homenaje de añoranza y veteranía a los contertulios, que sin necesidad de artilugios bruñidos, se reunían sencillamente para conversar.

Si algo resulta llamativo en el contraste que se aprecia entre los mensajes digitales, más o menos encapsulados y las charlas de café, es el deterioro del lenguaje, el debilitamiento y decadencia del vocabulario y por lo tanto del modo de pensar, razonar y expresarse.

DE LOS EMOTICONOS A LOS JEROGLÍFICOS

El reduccionismo del lenguaje, el empobrecimiento de su abanico léxico, no se limita a la disminución del campo germinal de las palabras que se utilizan, al número de vocablos, a una especie de economía reuduccional, hay algo más.

Carmen Posadas opinaba en un artículo titulado "*Un asunto no tan baladí*" que este empobrecimiento, que esta simplificación del lenguaje: "*propicia que, al perderse los matices y sutilezas que un vocabulario amplio permite, las posibilidades de formular un pensamiento complejo decrecen sustancialmente. De hecho, yo misma he recortado mi vocabulario. No solo cuando hablo, para no parecer pedante o redicha, sino cuando escribo, para que me entiendan mejor.*"

En esta rampante escalada reduccionista influye obviamente la corrección consumista del vocabulario que se emplea en los whatsapp. El lector estará de acuerdo con esta observación si pretende incluir en su mensaje palabras no siempre habituales, que inmediatamente son rechazadas o corregidas por un misterioso censor, hecho que nos obliga a repetir el término hasta “convencer” al oculto exterminador de la existencia y oportunidad del vocablo propuesto.

El tema tan evidente hoy de la imposición de la neolengua por los vigilantes del pensamiento débil y las supercherías políticamente correctas, se remonta a las advertencias y alarmas que hace ya años expusieron tanto Orwell en su profético 1984, como por Huxley en Un mundo feliz.

Cuando aparecen en mi móvil los dichosos emoticonos siento una especie de urticaria. El lector sonreirá si añado que topamos de nuevo con la paradoja, lo más moderno nos devuelve a lo más antiguo: los emoticonos reviven los jeroglíficos egipcios y los pictogramas aztecas, por no resucitar las tablillas mesopotámicas.

Recuperar la vertebración del discurso en lo real, poseer tiempo, situar el espacio, entender los hechos, embridar el transformismo, emplear correctamente el vocabulario, son urgentes tareas, no para reivindicar de un modo poético el arte de conversar, sino para navegar con claridad y buen rumbo en el ciberespacio.

EN LA NUBE

En el palacio babilónico de Mari se descubrió lo que con bastante probabilidad es el archivo más antiguo de la humanidad: 20.000 tablillas de arcilla, escritas en cuneiforme silábico. ¿Existiría ahora algo similar, un gran almacén de palabras? La pregunta, como hoy se acostumbra hacer, la traslado al buscador web de Google, que recibe cientos de millones de consultas cada día. Me contesta con esta frase: “*Si, la nube o cloud es una plataforma de almacenamiento de datos ilimitada que se aloja en la web y que ha generado importantes modificaciones en diversas áreas digitales y en los sistemas de almacenamiento y manejo de datos a nivel mundial.*”

¡Diablos, qué cosas! Continúo mi averiguaciones y leo: “*Hacer uso del almacenamiento en la nube, elimina la necesidad de utilizar sistemas que pueden*

resultar costosos. Además con esta herramienta permite que sin la necesidad de un hardware puedas acceder a gigabytes o terabytes de memoria en internet por un precio mucho más económico mediante planes de pago o gratis.”

Admito que estoy algo perplejo tras enterarme de las ventajas que proporciona “estar en las nubes” y pregunto a mi amigo Práxedes, que me acompaña en esta soleada terraza de miramar, dónde se almacenan todos esos datos ilimitados. Me contesta algo socarrón que “la nube son servidores que procesan la información, que se almacenan en discos duros y luego los elementos de la red llevan esa información hasta internet. Se puede acceder por diferentes medios, como un servicio web, interfaz de programación de aplicaciones, interfaz de usuario, entre otros.”

Le pregunto curioso cómo empezó esta aventura “*nebulosa*” Responde con parsimonia que el almacenamiento tiene iguales características que la computación, respecto a agilidad, escalabilidad, elasticidad y multiposesión. Se considera que el concepto se ideó por Joseph Carl Robnett Licklider en los felices sesenta, como el twist y la minifalda. Pero esta nube ha ido aumentando y expandiéndose desde entonces, claro. Guardo silencio reverencial. Entramos en el interior del local y contemplo una fotografía enmarcada que cuelga en la pared, al fondo. Pregunto ahora a Práxedes: “*Esos personajes tan serios, trajeados, algunos con barba o bigote que vemos allá, ¿están en la nube?*”

“*Por supuesto –me dice irónico– en la nube se reúnen millones de palabras e imágenes, discusiones, parabienes, chismorreos, brindis y todos los adioses que hoy habitan en el olvido que seremos.*”

“*Perdona, –le comento–, esa frase es el título de un libro de éxito.*” Sí, el autor es Héctor Abad Faciolince. Bueno, sí es un libro, es una conversación, un viaje de palabras. Todo libro es una tertulia. ¿Una tertulia? Verás Platón, en el Fedro, nos recuerda que los libros son “*decires escritos*”, amigo mío. Como las charlas de los pregoneros en los veladores del Bearin en verano y en el Cinema o el Yoldi en el invierno. ¿También esta revista que cumple 200 números estará en la nube? Claro, respondo, pero no disuelta en el aire, conversa en el salón del Parnaso, disfrutando del aroma intenso de una taza de café. **PREGÓN**

